

Notas sobre Integración desde Zambia

RAÚL GONZÁLEZ FABRE, S.J.



Desde hace casi dos años vivo en Zambia: un país del Sur de África, que tiene 700.000 km² y unos 10 millones de habitantes, con una renta per capita quince veces menor que la venezolana, sin costa, casi sin nada a decir verdad. Estoy aquí trabajando para el Servicio Jesuita a los Refugiados.

En estos meses he tenido ocasión de ver en los diarios venezolanos columnas escritas por personas que dejaron el país hace poco o han decidido dejarlo en el inmediato futuro. Ninguno, según creo, eligió África para su exilio. Por ello, tal vez haya algo novedoso en reflexionar sobre Venezuela desde aquí.

Enfatizar las diferencias: fácil y peligroso

Zambia está formada por más de 70 tribus, cada una de las cuales posee su lengua, cultura tradicional y formas ancestrales de gobierno. Además, la colonización inglesa dejó una importante población de origen indopakistaní y un número de antiguos ciudadanos británicos que ahora son zambianos blancos.

Como es bien sabido, numerosas guerras de motivo o pretexto tribal han ocurrido en África desde la independencia en la década de los años 60. Ninguna de ellas ha tenido lugar en Zambia. En 1964, los ingleses aceptaron la creación de Zambia bajo el liderazgo de Kenneth Kaunda. El presidente adoptó como lema: "Una sola Zambia, una sola nación".

Para hacer su lema una realidad, utilizó dos políticas: primero, organizar el Estado de manera que ningún funcionario civil o militar tuviera como su directo subordinado a un miembro de la misma tribu; y, segundo, forzar a las élites de las diversas tribus a convivir durante la adolescencia en las escuelas secundarias del Gobierno, casi todas ellas internados.

Ambas políticas resultaron exitosas. En este momento no hay un solo departamento gubernamental que pueda considerarse en manos de una tribu particular, y las élites zambianas se han acostumbrado a trabajar y vivir de manera "mestiza", por así decirlo.

Hubiera sido fácil enfatizar las diferencias culturales y utilizar el poder del Estado para que una tribu alcanzara supremacía sobre las otras. Si hay algo evidente son las diferencias, las particularidades que ofrecen base fácil para cualquier demagogia. Más difícil es hacer emerger una conciencia colectiva de unidad construida a partir de identidades diferentes.

Dos Condiciones

Aunque en Venezuela no tenemos identidades tribales tan marcadas como las africanas, sí hay profundas diferencias culturales, ligadas no sólo a la región, sino también a la clase social. La experiencia zambiana puede servirnos para identificar dos condiciones de integración cultural armónica: distribuir el poder, y vivir juntos.

Pese al camino avanzado en nuestra historia republicana, Venezuela sigue deficiente en ambas. Más bien habría que decir que el rumbo de nuestro mestizaje cultural se torció en algún momento de la segunda mitad del siglo XX, y ahora caminamos en la dirección contraria a la deseable.

Dejaremos para los antropólogos la tarea de identificar cuáles son las culturas relevantes en Venezuela. No es preciso definir las mucho para notar que nuestra dinámica política no es la de distribuir poder entre ellas forzándolas a entenderse en torno a la necesidad de hacer funcionar la sociedad y el Estado. Al contrario, entre nosotros predominan dialécticas estériles de desprecio mutuo entre las culturas, de voluntad de predominio de unas sobre otras, y sordas pero eficaces resistencias en dirección contraria.

Construir un proyecto nacional que no cambie un desbalance por otro requeriría una actitud de base que se encuentra en Zambia entre las tribus, pero no en Venezuela entre las clases sociales: reconocer la legitimidad de la cultura del otro, su derecho a existir y su obligación de contribuir al futuro colectivo. A partir de ese reconocimiento, unas culturas afectan y se dejan afectar por otras, y el mestizaje continúa. Por el contrario, si se quisiera imponer a la persona la condición de abandonar su cultura para participar en el futuro, con seguridad

le tendremos ahí, pero como obstáculo para la construcción ilusoria de un imposible.

La segunda condición que mencionamos para la integración cultural, vivir juntos, también está en franco retroceso en nuestra sociedad. Nuestras ciudades fueron construidas por los españoles alrededor de plazas, espacios públicos donde las gentes se encontraban para la fiesta, la liturgia civil o el paseo. Cuando las barreras estamentales de la colonia cayeron, parecía llegado el momento de vivir juntos más cercanamente. Acaso fue así durante parte de los siglos XIX y XX, pero hace tiempo que ha dejado de serlo. Jóvenes venezolanos de diferentes culturas o posiciones sociales probablemente no se encuentren unos con otros en posiciones de igual a igual nunca. Cuando se encuentren, lo harán con relaciones de poder de por medio, y seguramente cada uno verá al otro como un elemento hostil, una amenaza.

Un breve comentario "africano" aquí: Lusaka, la capital de Zambia, es una extraña ciudad. Diseñada por los ingleses a principios del siglo XX, no tiene plazas, paseos, ni parques públicos. Muy pocas calles con aceras. Casi toda ella consiste en carreteras, urbanizaciones con sus clubes, barrios con sus ranchos y sus botiquines, separados kilómetros unos de otros. Lusaka fue construida bajo la mentalidad del "apartheid", que se justificaba ideológicamente porque la distancia cultural entre el europeo y el africano se consideraba tan grande que el contacto habría de ser perjudicial para todos. Minimizar el contacto, mantener la segregación, llevar el "progreso" a los africanos al ritmo de la conveniencia europea, fue el proyecto social que los británicos plasmaron en la nueva capital.

Si las ciudades zambianas no sirven para que convivan los que son diferentes, el Estado zambiano decidió usar las escuelas secundarias para ello, porque tenía un proyecto nacional de vida en común. En Venezuela, todas las grandes instituciones de la convivencia parecen estar irremisiblemente segregadas de acuerdo a la extracción socio-cultural. ¿Cuándo se ve un joven venezolano de clase media-alta y cultura europea *necesitado* de con-

vivir de igual a igual con jóvenes de extracción popular urbana o campesina? ¿Hay un plan del Estado para que vivir junto con los diferentes sea una experiencia común en la formación de todo muchacho venezolano? Parece que un elemento tan esencial para la integración cultural no podría ser dejado al azar o a la buena voluntad de asociaciones libres.

Intervención desde dentro

Una última reflexión. La sociedad zambiana está fuertemente influida por la globalización cultural en curso. Lo está de una manera muy diferente al caso venezolano. Mientras la influencia sobre Venezuela ocurre principalmente a través de la inserción del país en el sistema de producción-consumo-educación-etc. organizado desde el Primer Mundo, Zambia no llega a eso. Con una renta per capita por debajo de 350 dólares al año y un tercio de su población infectada con SIDA, Zambia sólo califica para recibir limosna.

La recibe, en efecto. Más del 50% del presupuesto nacional es financiamiento preferencial externo. Por otra parte, país pobre, pacífico y de gente amigable, Zambia es el paraíso de las ONGs y las agencias oficiales de ayuda al desarrollo. Estas organizaciones constituyen una fauna muy variada cuya característica común es que no dependen en absoluto de aquellos a quienes pretenden ayudar.

Y como realmente no dependen de nada que pase en Zambia, pueden permitirse recorrer el país en grandes rústicos que establecen desde el principio dónde está el poder, mientras hacen el necesario discurso participativo. Pueden también intentar intervenciones culturales, tales como, cambiar el rol de la mujer en una sociedad, a través de programas de corto plazo e inciertos resultados. Pueden establecer un modelaje de roles completamente inalcanzable para el zambiano promedio, y trabajar rotando a su personal internacional cada dos o tres años, antes de que puedan aprender la lengua o entender nada de lo que está pasando alrededor suyo. Pueden pagar precios y salarios que distorsionan los mercados alrededor suyo, puesto que las ONGs no

dependen de los mercados locales. Y, finalmente, pueden tomar o dejar un proyecto, establecer plazos y cortar financiamientos de acuerdo a criterios u órdenes que vienen del Primer Mundo, sin nada que ver con el proceso de las poblaciones con las que trabajan.

Con todo lo que pueda decirse en contra de la acción misionera clásica de las iglesias, hay algo que debe decirse a favor: el misionero va para quedarse, y depende él mismo más de los locales que los locales de él. Cualquier cambio que pretenda introducir en la cultura del otro, el misionero clásico estará ahí para cargar personalmente con las consecuencias, para bien o para mal.

El trabajo de integración y transformación de las culturas venezolanas se desarrolla no tanto a través de programas de ONGs extranjeras como de desarrollos institucionales realizados por organizaciones venezolanas. Esto es una gran cosa. Pero muchos de esos desarrollos están dependiendo crecientemente de financiamiento extranjero, sea de ONGs o de agencias gubernamentales de cooperación. Desde la experiencia zambiana, permítaseme alertar que ese financiamiento ha de ser organizado y balanceado muy cuidadosamente, puesto que detrás de él hay frecuentemente lógicas que pueden resultar dañinas para la cultura de nuestro pueblo. El riesgo aparece si nuestros desarrollos institucionales empiezan a planearse de acuerdo a las prioridades de corto plazo de los donantes y no conforme a los procesos de largo plazo que tratamos de impulsar con nuestras instituciones. Al final, es esencial que quien tome las decisiones esté aquí para afrontar las consecuencias.

RAÚL GONZÁLEZ FABRE, S.J.

MIEMBRO DEL SERVICIO JESUITA A LOS REFUGIADOS.